

Isabel tenia ya su puesto en medio de tan gloriosa y noble compañía, por efecto de los admirables y arrebatados vuelos de su caridad hácia aquel Dios, á quien siempre veia en la persona de los pobres. Empero mientras llegaba el gustar con ellos de las imperecederas alegrías del cielo, nada encontraba sobre la tierra capaz de calmar la ardorosa compasion de su pecho, ni de curar el desfallecimiento y angustia de aquella alma enferma y devorada por los sufrimientos de sus hermanos.

no menos que por la sangre inocente del Hombre-Dios. Se encuentra esta tradicion en una multitud de leyendas y poesías de la edad media; y ella es la que sirve de base á uno de los poemas mas famosos de la época de santa Isabel, *El pobre Enrique*, por Hartmann von der Aue.

CAPÍTULO XXV.

Que la amada santa Isabel no quiso volver al reino de su padre, para entrar mas segura en el reino de los cielos.

Regnum mundi et omnem ornatum
saeculi contempsi propter amorem
Domini mei Iesu Christi, quem vi-
di, quem amavi, in quem credidi,
quem dilexi.

(*Breviar. rom. Commun. Sanctar.
fem.*).

In nidulo meo moriar.

(*Job, xxxix, 18.*)

Entre tanto, y por conducto de los peregrinos que iban á Aquisgran y otros santuarios sobre el Rhin, llegaron á oídos del Rey de Hungría, del rico y poderoso padre de esta pobre enfermera, las nuevas del estado de pobreza y abandono á que su hija se veia reducida. Al oír de boca de los piadosos romeros cuánto les habia chocado el saber que su Princesa vivia sin honores, sin corte, y en desnudez completa, el Rey quedó consternado y conmovido hasta derrear lágrimas; se quejó á sus consejeros de la injuria que se cometia con su hija, y

determinó enviar un embajador que la trajera á su lado. Esta mision fue confiada al conde Banfi ¹, el cual se puso en camino para Turingia con numeroso séquito. Primeramente se presentó en Wartbourg, y avistándose con el landgrave Enrique, pidióle cuenta de la extraña posicion á que, segun lenguas, se hallaba reducida la Dukesia. El jóven Príncipe respondió: «Mi «hermana está loca rematada, como es público y notorio, y como podeis verlo por «vos mismo.» Dijo en seguida como ella habia querido retirarse á Marbourg, y como allí hacia mil extravagancias sin tratarse mas que con pordioseros y leprosos, con otras particularidades del mismo jaez; añadiendo que aquel estado de pobreza, en que vivia su cuñada era cosa no mas que de la voluntad y antojo de ella, pues él le habia por su parte garantido y asegurado la posicion de cuanto pudiera apetecer segun su rango y calidad. Grandemente admirado el Embajador con esta relacion, tomó el camino de Marbourg, donde, en cuan-

¹ Llamam á este Conde los autores contemporáneos *Pamias* ó *Panias*; pero me ha parecido mejor adoptar la correccion propuesta por el sábio húngaro de nuestros dias el Conde Mailath.

to hubo llegado, preguntó al hostalero en cuyo meson se apareara, si por suerte sabia él quién fuese una señora llamada Isabel que viniera de Hungría á aquellas tierras; y qué concepto debia formarse de lo que acerca de ella decian las gentes sobre la vida pobre que hacia, y el haber abandonado á sus hijos, con otras cosas á este tenor: y si creia él que en todo esto habia cosa que en su descrédito y deshonor pudiera redundar. Á cuyas razones contestó el huésped con estas: «Puedo deciros que «es una señora piadosísima y llena de virtudes; rica, cuanto desear se puede, puesto que esta ciudad y su canton, no pequeño á fe, son suyos con pleno y absoluto señorío; demás de esto seria tambien hoy, «con solo haber venido en ello, esposa de «alguno de los príncipes que solicitaron su «mano. Mas su humildad es tan grande y «portentosa que vive miserable y pobre «cual si nada tuviera; y tampoco quiere «habitar en ninguna de las casas de la ciudad sino cerca del hospital construido por «ella; tal es el desprecio con que mira todas las cosas del mundo. Mucha es la merced que Dios nos hizo á los de por acá enviándonos tan piadosa señora; pues cuan-

«tos tienen la dicha de tratarla, sacan gran provecho para sus almas. En las obras de caridad no se da un punto de descanso: es castísima, dulcísima en el trato, y misericordiosa en sumo grado; pero sobre todo esto, humilde cuanto no puede ponderar lengua humana.» Oidas estas razones, el Conde se dirigió á la posada de Isabel acompañado por el huésped, el cual entró primero, diciendo: «Señora, aquí os traigo unos amigos que vienen en busca vuestra, á lo que yo entiendo, y desean hablaros.» Cuando el Embajador entró allá y encaróse con la hija de su Rey armada de su rueca é hilando, quedó tan sobrecogido de admiracion que se hizo cruces y no pudo contener las lágrimas; luego dijo: «¿Vióse nunca á una hija de un rey hilando lana?» Repuesto un poco del primer pasmo, sentóse junto á la Princesa y comenzó á decirle como el Rey su padre le enviaba á buscarla para conducirla á Hungría, su país natal, donde la tratarian con el honor debido, mirándola siempre el Rey como á hija amadísima suya. Isabel no hizo caso alguno de todas estas ofertas é instancias: «¿Por quién me tomáis, caballero? dijo ella; sabed que yo no soy sino

«una pobre pecadora que nunca cumplió la ley de Dios segun se debe cumplir.—Mas ¿quién os ha reducido al estado en que os encuentro? preguntó el Conde.—Nadie, replicó la Santa, como no sea el Hijo infinitamente rico de mi Padre celestial, cuyo ejemplo me enseña á despreciar las riquezas, y á amar la pobreza mas que todos los reinos del mundo.» Entonces ella le refirió toda su vida desde que quedara viuda, y le comunicó los pensamientos que tenia para el resto de sus días; concluyendo con asegurarle que de nadie tenia queja por cosa alguna y que era perfectamente dichosa. El Conde no queria ceder: «Venid, noble Reina, decia, venid conmigo al palacio de vuestro padre amado, venid á tomar posesion de su reino y de vuestra herencia.—Espero, repuso la Santa, que ya estoy en posesion de la herencia de mi Padre, esto es, de la misericordia eterna de nuestro Señor Jesucristo.» Conjuróla de nuevo el Embajador que no hiciera á su padre la injuria de traer aquella despreciable vida, y que cesara de afligirle tratándose de manera tan impropia é indigna de su elevado nacimiento. «Diréis á mi padre y señor, contestó Isabel, que yo en

«medio de tan pobre y abyecta existencia
«soy mas feliz que pudiera serlo en medio
«de las régias pompas; que en vez de ali-
«girse por causa mia, trate mas bien de re-
«gocijarse de tener una hija al servicio del
«gran Rey de cielos y tierra. Una sola cosa
«le pido en el mundo, y es, que ore y man-
«de orar por mí á Dios; que yo así lo ha-
«go por él, y lo haré mientras viva.»

Cansado de luchar inútilmente, pártió
de allí el Conde lleno de intenso dolor. Y
la hija de los Reyes de Hungría volvió á to-
mar su rueca, y á engolfarse en la dicha de
poder realizar de antemano las sublimes
palabras que la Iglesia consagra al culto de
las que, como ella, renunciaron á todo por
amor á Jesucristo: *Desprecié por amor de
mi amado Jesús el reino del mundo, y toda la
pompa del siglo; á Jesús he visto, á él solo he
amado, en él he creído, y le antepuse á todas
las cosas.*

CAPÍTULO XXVI.

*De como la amada santa Isabel repartió toda
su dote á los pobres.*

Si dederit homo omnem subs-
tantiam domus eius pro dilectio-
ne, quasi nihil despiciet eam.

(Cant. viii, 7).

Calore charitatis
Calefacti pauperes
Iuxta prunas nuditatis
Laetantur immemores.

(Antífona de santa Isabel, en
el Breviario antiguo de los
Dominicos).

Por muy persuadido que el landgrave
Enrique estuviera de la locura de su cuña-
da, no por eso se creyó dispensado de cum-
plirle las promesas que le habia hecho: tal
vez tambien contribuiria á mantenerle fir-
me en ellas el temor al Papa, constituido
en protector de Isabel, y por otra parte la
influencia de Conrado, no menos grande
con él de lo que habia sido para con el di-
funto Duque su hermano. Fueron, pues,
puntualmente enviados á Isabel los qui-
nientos marcos de plata, que para gastos